

AUGUSTO MONTERROSO
LA CENA

Tuve un sueño. Estábamos en París participando en el Congreso Mundial de Escritores. Después de la última sesión, el 5 de junio, Alfredo Bryce Echenique nos había invitado a cenar en su departamento de 8 bis, 2o. piso izquierda, rue Amyot, a Julio Ramón Ribeyro, Miguel Rojas-Mix, Franz Kafka, Bárbara Jacobs y yo. Como en cualquier gran ciudad, en París hay calles difíciles de encontrar; pero la rue Amyot es fácil si uno baja en la estación Monge del Metro y después, como puede, pregunta por la rue Amyot.

A las diez de la noche, todavía con sol, nos encontrábamos ya todos reunidos, menos Franz, quien había dicho que antes de llegar pasaría a recoger una tortuga que deseaba obsequiarme en recuerdo de la rapidez con que el Congreso se había desarrollado.

Como a las once y cuarto telefoneó para decir que se hallaba en la estación Saint-Germain-des-Prés y preguntó si Monge era hacia Fort D'Aubervilliers o hacia Mairie D'Ivry. Añadió que pensándolo bien hubiera sido mejor tomar un taxi. A las doce llamó nuevamente para informar que ya había salido de Monge, pero que

antes había tomado la salida equivocada y que había tenido que subir 93 escalones para encontrarse al final con que las puertas de hierro plegadizas que dan a la calle Navarre estaban cerradas desde las ocho treinta, pero que había desandado el camino para salir por la escalera eléctrica y que ya venía con la tortuga, a la que estaba dando agua en un café, a tres cuadras de nosotros. Nosotros bebíamos vino, whisky, coca cola y perrier.

A la una llamó para pedir que lo disculpáramos, que había estado tocando en el número 8 y que nadie había abierto, que el teléfono del que hablaba estaba a una cuadra y que ya se había dado cuenta de que el número de la casa no era el 8 sino el 8 bis.

A las dos sonó el timbre de la puerta. El vecino de Bryce, que vive en el mismo 2o. piso, derecha, no izquierda, dijo en bata y con cierta alarma que hacía unos minutos un señor había tocado equivocadamente en su departamento; que, cuando le abrió, el señor se había apenado tanto por haberlo despertado, que inventó que en la calle tenía una tortuga; que había dicho que iba por ella, y que si lo conocíamos.



Augusto Monterroso fue un colaborador asiduo e imprescindible de esta *Revista* en la época de García Terrés. Algunos de los textos publicados en ella entonces —corregidos y disminuidos— culminaron recientemente en *Lo demás es silencio*, su último libro, publicado por Joaquín Mortiz. Monterroso fue jefe de redacción de la *Revista* en 1968.